

# DIÁLOGO Y LIBERTAD: COORDENADAS BÁSICAS DEL ARTE DE EDUCAR

**Dolores Conesa Lareo**

Universidad de Navarra

---

**Resumen.** Este trabajo es un comentario a dos cuestiones nombradas en la ponencia nº 3, a saber, la educación entendida como un arte y el diálogo en tanto que práctica comunitaria. Se pretende mostrar que el nexos que vincula a ambas es la libertad, porque tanto el arte como el diálogo son encuentros entre libertades. La conversación que une esas dos libertades, maestro y discípulo, es una búsqueda conjunta de la verdad porque esta puede ser compartida. El hecho de elegir no basta para que una elección sea buena, sino elegir el verdadero bien que me convierte en buena persona.

**Palabras clave:** diálogo, libertad, arte de educar, virtud

---

## 1. Maestro-discípulo: una relación artística

En esta adenda pretendo hacer un comentario a dos afirmaciones de la tercera ponencia y enlazarlas entre sí. La primera de ellas dice así: “la adquisición de virtudes se consigue a través de prácticas [...] cooperativas” y “concurrir en dichas prácticas comunitarias es mantener una conversación constante con otros interlocutores” (Esteban, Bernal, Gil, Prieto, 2016, 5). La segunda afirma que el maestro puede asumir que su tarea “consiste en transformar una profesión en un arte” (ob cit, 5). Me gustaría poner de relieve que ambas afirmaciones están ligadas por la libertad porque al considerar esta relación afloran matices que ayudan a profundizar en su denso significado humano.

El texto de la ponencia que nos ocupa es una manera reflexiva, académica, profunda de explicar aquello que de un modo mucho más intuitivo, afirma el escritor rumano, Constantin V. Gheorghiu (1977), quién pone en boca de uno de sus personajes –la princesa Roxana Paleólogo–, la siguiente definición del hombre: “El hombre es esto. Una obra maestra. La única obra maestra del cosmos. Al hombre no se le describe, no se le define, se le capta y se le vive como una obra de arte”.

El maestro hace exactamente eso, captar y vivir al hombre como una obra de arte, como la única obra maestra del cosmos. Efectivamente, la ponencia afirma esto mismo –citando a Gusdorf, Steiner, Sennet– al decir que el maestro “asume que su tarea consiste en transformar una profesión en un arte porque esa profesión le reclama (...)

en tanto que persona” (ob cit, 5). En este punto es en el que me quisiera detener para hacer una breve reflexión.

En primer lugar, la cuestión es interesante porque después de todos los siglos que llevamos de historia, hace falta una gran libertad interior para comprender que el hombre es una obra de arte y es preciso hacer gala de bastante coraje para atreverse a afirmarlo. Pero el asunto sube de tono cuando además se insinúa que el maestro tiene algo que ver en esa creación artística. Pasamos así de la pura profesionalización al horizonte dilatado de la creación artística donde la libertad es el protagonista principal. Como dice Steiner, la recepción o negación de la obra de arte es siempre un encuentro entre dos libertades.

En esto radica lo genial de esta relación artística entre maestro-discípulo, en que está presidida por ese encuentro: “hacen falta dos libertades para hacer una” (Steiner, 2007). De ahí que se pueda afirmar que enseñanza, aprendizaje y libertad son tres cuestiones que corren parejas. Solo porque es libre la persona es capaz de aprendizaje, pero de un aprendizaje tanto positivo (virtud) como negativo (vicio). Si el hombre solo pudiera crecer en una dirección no sería libre y no llegaríamos a entender muchas dimensiones del ser humano, formularíamos una antropología reduccionista, confundiríamos al hombre con el animal o con un ser simplemente físico (Polo, 1996). Por otro lado, un ser libre solo puede ser educado en libertad y no mediante coacción, lo que implica que la autoridad del maestro no puede suprimir la libertad sino formar su recto ejercicio (Rhonheimer, 2000). Por lo tanto, ya sea desde el aprendizaje, ya sea desde la enseñanza, la relación maestro-discípulo está presidida por la libertad. No es de extrañar que ella ejerza ese papel principal porque para dar rostro humano a la sociedad o a la técnica es preciso abandonar las consignas acriticas, revelarse frente a la dictadura de lo políticamente correcto, conseguir estallar los límites sofocantes del pensamiento único. Hacer de la sociedad un verdadero hogar humano significa ser libres para pensar. Implica atreverse a pensar por cuenta propia (Burggraf, 2015).

## **2. El diálogo, un encuentro entre libertad y verdad**

Precisamente en este contexto de libertad se sitúa el acto humano de dialogar que siempre aparece condicionado por la posibilidad de la libertad. Llegamos así a la tríada que anunciaba al principio: arte-libertad-diálogo. En efecto, todo acto de diálogo es un ejercicio imponente de libertad y sin ella no se dialoga. Por eso, lejos de lo que podría parecer en un primer momento, el verdadero diálogo se da en la relación con aquel que es distinto de mí. El diálogo no es alérgico a las diferencias, todo lo contrario, es necesario en la misma medida en que hay diferencias. El diálogo necesita la libertad de pensar para forjar nuestras convicciones y encontrar la propia identidad.

Aquí hay un planteamiento que en apariencia puede parecer muy simple, la necesidad de dialogar para superar las diferencias, o la necesidad de dialogar para convivir pacíficamente en un mundo que ya no es socialmente uniforme, sino multicultural. Bajo este planteamiento, que leído superficialmente puede tener el aire de tópico, se está haciendo una triple apuesta.

Se está apostando, en primer lugar, porque la verdad solo se posee con libertad y por eso, si quiero que alguien encuentre la verdad tengo que ayudarlo a buscarla libremente. La libertad no devora la verdad, más bien habría que decir que la libertad que no se empeña en buscar la verdad se devora a sí misma, que es una cuestión bien distinta.

Precisamente porque esta convicción nos permite perderle el miedo al encuentro entre libertad y verdad, se está apostando por una segunda cuestión, y es esta: todo el mundo participa algo de la verdad. El diálogo entre diferentes es posible porque hay algo en lo que coincidimos. Por eso el diálogo es un acto espléndido de libertad, esto no se refiere a tener la libertad exterior para expresar o imponer las propias convicciones, sino a la libertad interior con que las poseo. Esa libertad interior me protege para no caer sojuzgado bajo la fuerza de mis convicciones. La grandeza de la libertad interior se muestra en la honestidad intelectual que me permite admitir aquello en lo que tiene razón mi adversario, mi oponente,...me permite aceptar aquello que dice que es verdad, sin tacañerías. Por eso el diálogo es un acto espléndido de libertad porque es una libertad espléndida.

En tercer lugar, se está apostando por la condición del hombre en la tierra. Mi condición finita, de criatura me recuerda que puedo poseer algo de verdad pero yo no soy la verdad, por eso no la agoto y otros pueden también poseerla en parte. Reconocer esto es el principio del diálogo, pero no se trata de una actitud de *buenismo* filantrópico hacia la humanidad, sino de algo mucho más profundo. Es vivir conforme a mi ser limitado, es incorporar a la praxis vital ordinaria mi condición finita. Saber dialogar es llevar a la práctica que yo no soy Dios y los otros, tampoco. Por eso siempre podemos coincidir en algo porque todos participamos algo de la verdad, y ninguno la posee entera. De un modo mucho más sutil lo dice Burggraf (2015) recurriendo a Santo Tomás: “Lo bueno puede existir sin mezcla de lo malo, pero no existe lo malo sin mezcla de lo bueno” (Summa Theologica I-II, q. 109, a.1, ad. 1). Es decir, también mi oponente puede tener algo bueno, puede tener razón.

Por todos estos motivos, como decía al principio la relación maestro-discípulo se da en forma de encuentro, porque el diálogo no es solo conversación sino encuentro que enriquece (Burggraf, 2015). La noción de encuentro añade un plus de significado que merece la pena analizar. En esto sigo a López Quintás (1997), quien habla del encuentro como algo que se produce cuando dos realidades susceptibles de crecer coinciden y potencian recíprocamente sus posibilidades de plenitud, desarrollo y creatividad. Propiamente el encuentro es interpersonal y el diálogo es una de sus posibilidades eminentes.

### **3. Carácter identitario del acto libre**

Pero esta modalidad de encuentro interpersonal llamada diálogo no se da en el vacío, tiene un contenido. Se trata de la búsqueda de aquello que orienta las posibilidades de plenitud y desarrollo. No basta que algo sea simplemente elegido para que sea bueno. Cualquier elección no es acertada exclusivamente por el hecho de que yo la elija. Este encuentro interpersonal es un momento privilegiado en el que el maestro tiene la

oportunidad de mostrar que la libertad no es una situación en la que te debates entre posibilidades indiferentes que eliges porque sí. En realidad, la libertad es la manera humana de hacer el bien, si no fuéramos libres no podríamos hacerlo en modo alguno. Por eso, la libertad requiere entrenamiento para aprender a elegir aquella acción libre que aquí y ahora es buena. De ahí que, como decía antes, en el diálogo se puede producir conjuntamente la búsqueda de la verdad y solo así, desde ella, se puede alumbrar qué es el bien. Esta capacitación de la voluntad para aprender a elegir el bien verdadero –que no aparente– en un campo operativo determinado es exactamente lo que los clásicos llamaban virtud. Cuando el maestro transmite que es mejor ser leal que desleal, generoso que egoísta, honesto que tramposo, veraz que mentiroso, no se limita a enseñar herramientas eficaces de socialización. En ese diálogo el maestro está enseñando el carácter identitario del acto libre, porque la fuerza de la libertad es tal que me acabo convirtiendo en aquello que elijo; por eso es tan importante acertar en la elección. Aquello a lo que me adhiero, aquello en lo que colaboro, aquello a lo que asiento, aquello que realizo, aquello que consiento, aquello con lo que gozo... es aquello con lo que me voy identificando. Hasta tal punto que, como sugiere Taylor (2010), si quieres conocer a una persona no necesitas saber sus datos identificativos, basta con saber qué es lo que ama. Cuando el maestro en ese diálogo interpersonal enseña esto, está mostrando al alumno que decidir bien, acertar en la elección, no es la clave del éxito social, es ser mejor persona.

Esto no quiere decir que el maestro lo sepa todo, ni siquiera que tenga toda la verdad, si es que alguien alguna vez la ha tenido. Ya hemos visto antes que es una búsqueda conjunta y que toda persona, aunque esté en la situación de discípulo, siempre puede aportar algo de verdad. Lo que quiere decir esto, y en definitiva todo mi discurso, es que el alumno en tanto que persona, es una obra de arte. Pero es una obra de arte miniada, y a través de un diálogo tejido con palabras, actitudes y hechos, al educador le queda el papel de mostrar al protagonista de esa obra de arte los infinitos matices de color con el que puede enriquecer esa obra maestra que cada uno es.

## Referencias

- BURGGRAF, J. (2015). *La transmisión de la fe en la sociedad postmoderna y otros escritos*. Pamplona, Eunsa.
- ESTEBAN, F.; BERNAL, A. GIL, F. PRIETO, M. (2016). Democracia y formación del carácter de los futuros maestros: razones, posibilidades y obstáculos. Disponible: [http://mon.uvic.cat/site-2016/files/2016/02/PONENCIA-3\\_SITE2016.pdf](http://mon.uvic.cat/site-2016/files/2016/02/PONENCIA-3_SITE2016.pdf)
- GHEORGHIU, C. V. (1977). *Dios solo recibe los domingos*. Barcelona, Luis de Caralt.
- LÓPEZ QUINTÁS, A. (1997). *El poder del diálogo y del encuentro*. Madrid, BAC.
- POLO, L. (1996). *Ética, hacia una versión moderna de los temas clásicos*. Madrid, Unión Editorial.
- RHONHEIMER, M. (2000). *La perspectiva de la moral*. Madrid, Rialp.
- STEINER, G. (2007). *Presencias reales*. Barcelona, Destino.
- TAYLOR, C. (2010). *La ética de la autenticidad*. Barcelona, Paidós.